TRABAJOS DE INGRESO

Bases para la Valorización de la Incapacidad Profesional, en los Accidentes del Trabajo

MEMORIA QUE PRESENTA A LA ACADEMIA
NACIONAL DE MEDICINA: EN OCASION DE SU
INGRESO A ELLA.

LUIS S. VIRAMONTES.

Es un inmenso tema el relativo a los accidentes del trabajo y a las compensaciones a que por, razón de ellos, tienen derecho los trabajadores. Volúmenes enteros podrían escribirse y de hecho han sido escritos ya, para mencionar y detallar los riesgos sin número a que el obrero y la obrera se encuentran expuestos; las precauciones indispensables-muchas de ellas elementales y sin embargo omitidas-para evitarlos; y una vez acaecidos, las indemnizaciones a que legítimamente tendrían derecho, establecidas en una legislación que sin duda, debía ser obra de mucho estudio, de mucha meditación y de no poca sabiduría. Para decir en una frase la importancia de este asunto, baste recordar que las indemnizaciones por accidentes del trabajo, fueron objeto, en Alemania, de una ley en que personalmente tomó la iniciativa el mismo Kaiser. De allí su dolorosa sorpresa cuando, después de cuatro años guerra nunca vista, vió a los socialistas tomar parte en una revolución contra él.

Y si tuviéramos tiempo de pasar en revista las legislaciones de los países civilizados, encontraríamos en todos ellos, leyes y disposiciones que rigen y detallan y esclarecen por completo esta materia. En México, tan sólo, triste es decirlo, no se encuentra nada sobre el particular. (1)

(1)—Esta afirmación nuestra se refiere, entiéndase bien, al Distrito y Territorios Federales, que es la jurisdicción del Código Penal, citado. Nuestro distinguido amigo el Sr. Dr. D. Francisco Castillo Nájera se sirvió informarnos que en varios Estados de la República han sido expedidas ya, leyes sobre la materia tema de nuestro estudio; pero debemos manifestar que aun no se han llegado a establecer, previamente, las bases científicas que deben sustentar esta legislación, que, necesariamente, debe ser uniforme.

Los legisladores de todos los tiempos han estado demasiado ocupados para cubrir necesidad tan grande como reglamentar este punto. Apenas si se encuentra, en el Código respectivo, la disposición general relativa a responsabilidad civil en materia criminal, lo que, como luego se ve, no comprende, naturalmente, todos los casos; y otra disposición en la ley adjetiva, para determinar la forma de los juicios correspondientes. . . . ¡Esto es todo! Tristeza da decir esta gran verdad: el Gobierno colonial, el Gobierno español, se preocupó infinitamente más, de la salud y la seguridad de los trabajadores, mucho más, gobierno monárquico y casi absoluto, que nuestros gobiernos liberales y demócratas. . . . Porque las Ordenanzas de Minería, por ejemplo, contienen una serie de disposiciones, a cual más sabia, señalando las precauciones que deben tener los adquirientes de fundos mineros, y explotadores de minas, en general, para la buena ventilación de las minas, para la seguridad de los trabajadores, para evitar accidentes, estableciendo y señalando la penalidad de los infractores. . . .

Pero ¿qué podemos decir, ni a qué hacer mención del silencio criminal y de la incuria mil veces punible de nuestros legisladores, cuando vemos que el eje mismo de la sociedad, que es la seguridad y la posesión de garantías individuales, es lamentable ruina entre nosotros y que ese único y solitario capítulo del Código Penal, la responsabilidad civil, es letra muerta y tan estéril y nulo cual si nunca hubiera existido? . . . No estamos viendo todos los días, delitos horrendos, como son los llamados accidentes de tráfico—y que en buen español debían decirse de tránsito—que en las calles se observan? . . . ¿quién piensa en pedir jamás una indemnización, por atroz que haya sido el atentado? . . . ¿Y cuál es la razón de que a nadie ocurra tan elemental y pobre compensación? Es, sencillamente, el convencimiento que tienen de la impotencia de la acción legal, de la inercia de la justicia; en una palabra, la persuasión que tenemos todos y cada uno, de que en materia semejante, el derecho, por evidente, por espléndido, que aparezca en el punto más sencillo, es una utopía, algo por siempre irrealizable. . . .

Y es, todavía, porque en esta materia hay una cuestión de temperamento de modo de ser, casi, casi diría yo, de alma nacional. Los pueblos más cultos, están formados por individuos que han heredado, de muchos siglos atrás, la convicción de su derecho, y con ella, el sentimiento de la propia personalidad, de la dignidad de sus sagrados fueros, El sajón, por ejemplo, el anglo-sajón, y aún el francés, el italiano, etc, no suelen ver con desdén el ejercicio del propio derecho. . . El orgullo ancestral palpita en ellos, robusto y a la vez rugiente, para decirles que una sociedad sede ebtar compuesta por hombres y por hombres dignos, o no ser una so-

ciudad, ni aspirar a este título. . . . Mientras que entre nosotros se encuentra vergonzoso y casi deprimente el ejercicio de una acción individual, para reclamar la vulgarísima responsabilidad civil, porque como que nos da asco nuestro propio derecho, en los países civilizados nunca deja de comprenderse que el derecho es el alma misma de la vida colectiva; y por eso, los gobiernos más indolentes tienen siempre leyes y preceptos para reglamentar las condiciones del trabajador, la labor de las mujeres, la edad de los niños trabajadores, &, &.

Debemos, sin embargo decir, en homenaje a la verdad y a la justicia, que en los últimos Congresos científicos han sido tratados, ya, algunos aspectos de este magno problema; y se han votado algunas conclusiones que queremos esperar no representen un esfuerzo estéril. Pero ya que en nuestros días se habla del mejoramiento social y económico de las clases laborantes; y se tiende aún, (quizá por acatamiento a la ley que en sociología como en física determina una reacción igual y contraria a acción) decíamos que se tiende a crear con aquellas clases sociales una casta privilegiada, se nos antoja absurdo y antitético que tales tendencias hayan cristalizado en algunas conquistas legales, o por lo menos en hechos consumados, y no se tengan todavía las bases científicas indispensables para elaborar las legislaciones apropiadas para ajustar a ellas las responsabilidades e indemnizaciones que los accidentes del trabajo provoquen.

Pero es tan basto el asunto y tan notoria mi incompetencia para enfrentarme con él, que me vais a permitir me concrete a señalar los fundamentos en que debe descansar una legislación, en lo que a accidentes del trabajo se refiere, dentro del campo de la oftalmología, disciplina esta última a la que he consagrado en los últimos años mis modestas actividades.

* * *

La función visual está subordinada de una manera absoluta, a la retina y comprende: la visión central, la visión periférica, el sentido cromático y el sentido luminoso. La visión central o visión distinta, se efectúa al nivel de la mácula lutea; la visión periférica sobre todo el resto de la retina.

Agudeza visual es el poder de visión distinta para distinguir separadamente dos puntos bajo un ángulo de un minuto. El ángulo formado por los rayos que parten de los extremos de un objeto y pasan por el punto nodal se llama ángulo visual. Agudeza visual es, pues, el más pequeño ángulo visual. La agudeza visual binocular es la única que permite la noción de relieve y la valuación de las distancias.

La zona o espacio que se alcanza a ver con los dos ojos abiertos y mirando de frente, es el campo visual binocular; si a la vez que hace-

mos fijar un objeto de frente, hacemos cerrar uno y otro ojo, alternativamente, veremos disminuir la zona o campo visual, del lado correspondiente al ojo cerrado, en una proporción equivalente a la sexta parte del campo total. Lo que equivale a decir que el campo visual, común a ambos ojos, es igual a $4/6$ del total; y que corresponde $1/6$ de este ojo separadamente.

La agudeza visual tal como la hemos definido es lo que se llama agudeza visual fisiológica; pero no es, de ninguna manera, equivalente de la agudeza visual profesional. ¿Qué debemos entender, entonces, por agudeza visual profesional?. Asunto es este que ha sido muy debatido y acerca del cual se han expresado conceptos muy diversos; desde el que identifica la agudeza fisiológica con la profesional, hasta el que señala un promedio de $5/10$ de la agudeza fisiológica como suficiente para el ejercicio de todas las profesiones, y que queda expresada en las siguientes palabras de Josten: "la agudeza visual profesional es igual a la mitad de la fisiológica". Y es que pasa en este caso que no puede darse una definición, o mejor dicho, fijarse un tipo de agudeza visual profesional, porque cada profesión tiene exigencias visuales diferentes es decir, la agudeza visual profesional no es siempre idéntica a sí misma.

De aquí la necesidad de clasificar las profesiones según sus exigencias visuales; fijar el mínimum de agudeza profesional, para poder, sobre estas bases, normar el criterio para estimar, a plena conciencia, las proporciones de un siniestro y medir el grado de incapacidad profesional del infeliz obrero víctima del accidente.

Pero, digámoslo de una vez, no es este el único dato para fijar la incapacidad profesional; es necesario conocer, además, la capacidad profesional total del obrero, su edad, el grado de trascendencia de la lesión, es decir, si la pérdida visual es absoluta o relativa.

Para poder estimar de una manera debida y equitativamente la incapacidad de un obrero, es preciso definir y conocer de antemano, la capacidad profesional del mismo. Se define ésta diciendo que es la resultante de los factores siguientes: 1º-Integridad de las aptitudes funcionales de sus diversos órganos corporales.- 2º-la habilidad y conocimientos técnicos necesarios para el ejercicio de una profesión manual u oficio determinado. 3º-La actividad de concurrencia del obrero en el mercado económico. Dicho en otras palabras, la capacidad profesional de un obrero es la resultante de sus aptitudes físicas, intelectuales y de concurrencia, para el ejercicio de su profesión u oficio. Ahora bien, la capacidad visual, parte importantísima de la capacidad orgánica total, está basada en los factores siguientes:

Función visual.	Claridad de la imagen.	{ 1.-Transparencia de los medios refringentes. 2.-Integridad de la mácula. 3.-Integridad de las vías nerviosas de conducción y de percepción.	Agudeza visual.
	Volúmen de la imagen.	{ La primera y tercera condiciones anteriores y el estado normal de la periferie de la retina.	Campo visual.
	Propiedades estereoscópicas de la imagen.	{ Dos imágenes netas del mismo volúmen que correspondan a partes similares de la retina, en condiciones normales de conducción y percepción.	Visión binocular.

Con los datos anteriores quedan completamente definidas la capacidad profesional, en general, y la capacidad visual muy especialmente. Y sin embargo, en la práctica médico-legal, tratándose de dictaminar sobre el grado de incapacidad profesional y por ende, acerca del monto o proporcionalidad de la indemnización, no bastan estos datos; es necesario saber cuánto vale un ojo en relación a la visión total; si la pérdida influye, y a qué grado, en la disminución del salario; si, en el caso concreto, la visión fisiológica es igual a la visión profesional; y por último, si los diversos oficios reclaman exigencias visuales diferentes.

Parece a primera vista que la pérdida de un ojo corresponde a la pérdida de la mitad de la visión total. Esta opinión ha sido sostenida por Mc. Hardy y otros autores. Zehender, en Alemania, admitía que la aptitud para el trabajo estaba en razón directa de la visión fisiológica; y que, por consiguiente, toda pérdida de visión traía consigo una disminución correspondiente de la capacidad profesional. Algún tiempo después, modificó su opinión y expuso la siguiente teoría: "cuando se pierde un ojo el otro adquiere un valor doble del que tenía antes del accidente. Así es que, en realidad, tenemos tres ojos: uno que se pierde a resultas del accidente, otro que queda intacto y un tercero, hipotético, que viene a sumarse a este. Quien de tres pierde uno conserva dos. Luego la pérdida de un ojo equivale a un 33% de la visión total". Esta teoría no está basada en consideración alguna de orden científico. La existencia del tercer ojo es más que hipotética. Con sobrada razón Sulzer ha impugnado cruelmente una hipótesis tan inconsistente, pues en una memoria presentada en 1904 a la Sociedad Francesa de Oftalmología, acerca de la agudeza visual en sus relaciones con la incapacidad para el trabajo dice así: "sucede algunas veces lo increíble. Esta fórmula ha sido adoptada.....Desgraciadamente la fórmula de Zehender es empleada diariamente en la valuación de la incapa-

cidad para el trabajo, o bien, esta incapacidad está estimada de acuerdo con la tarifa de un 33%, sin recordar que esta tarifa está basada en una fórmula que no debiera recordarse sino para exhibir su vaciedad". Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que desde la fecha en que Sulzer escribía estas palabras antes citadas (1904) hasta la actual, la práctica médico-legal ha sido aceptar el tipo de un 33% de la visión total para estimar la pérdida de un ojo. Pero a mi modo de ver, la razón para que se haya podido sostener y aún establecerse como un recurso en la práctica, una fórmula basada en una hipótesis tan carente de base científica, es que cuenta en su abono los resultados prácticos observados después de los accidentes. Y así fué como en 1887 en una encuesta verificada en Halle, de 171 obreros que habían sufrido la pérdida de un ojo, 154 o sea el 90%, habían conservado sus mismos salarios que antes del accidente; y sólo 17, o sea el 10%, sufrieron una reducción en sus jornales que oscilaba de un 5 a un 20%. En 1904 sobre 117 obreros tuertos, 65 o sea un 60%-disfrutaban de sus mismos salarios que antes y 52- el 40% tienen jornales reducidos del 6 al 33%.

En el curso de las investigaciones emprendidas con motivo de la aplicación de las leyes sobre accidentes del trabajo, en distintos países europeos, se ha llegado a esclarecer que algunos obreros de capacidad visual disminuida, no solamente disfrutaban de un salario igual al de sus compañeros de vista normal, sino que parecían desempeñar sus labores habituales en condiciones tan satisfactorias como éstos. Parece, pues, lógico deducir de aquí que la visión fisiológica es superior a la visión profesional. Luego la unidad de agudeza visual profesional es el minimum de visión fisiológica que permite el ejercicio libre y facil de una profesión.

Josten precisó aún más los términos de la cuestión diciendo que la visión profesional es igual a la mitad de la agudeza visual fisiológica. Algunos otros autores vinieron más tarde a robustecer, con la fuerza de sus observaciones y de su prestigio, una fórmula que ha sido universalmente aceptada. Sin embargo, Groenen la modificó levemente porque él estimaba que la visión profesional no es siempre idéntica a sí misma, y que su minimum varía con las profesiones, pues tienen estas exigencias visuales diferentes.

Sea o no justo estimar que el ejercicio de algunas profesiones es compatible con la visión fisiológica disminuida, es equitativo pensar que no pueden desempeñarse la mayor parte de los oficios, cuando la visión fisiológica desciende de cierto límite.

Del mismo modo que se ha hecho una distinción entre la agudeza visual fisiológica y la profesional, se ha establecido, también, la diferencia entre la ceguera profesional y la fisiológica. Esta existe cuando se extingue por completo la percepción luminosa: $V=0$. Pero mucho antes de lle-

gar a este extremo límite, se ha llegado a la ceguera profesional, o sea al momento en que la percepción luminosa, o mejor la agudeza visual, no permite ya ejecutar un trabajo efectivo y remunerador, dentro, del oficio o profesión que ejerce el obrero. ¿Cuál es el límite? Zehender fijaba el 1%; Groenow 2%; Magnus, 5% para las profesiones visuales inferiores y 7% para las superiores; Silex fijaba hasta 1/6 o 1/7.

El profesor True ha propuesto la cifra de 1/10 como límite superior de la ceguera profesional; dice así: "de 1/10 para arriba existe aún la visión profesional, a condición de que el campo visual sea normal, que no haya otras lesiones o enfermedades y que el individuo sea de inteligencia mediana. Abajo de este límite el trabajo es imposible y la ceguera profesional existe". Esta fórmula ha merecido una aceptación casi universal.

Hemos dicho antes y se deduce de lo anteriormente expuesto, que cada profesión tiene exigencias visuales diferentes, o lo que es lo mismo, la capacidad visual varía con cada profesión. Naturalmente se impone precisar el límite de esta capacidad para cada profesión, agrupando éstas en categorías. En general se les ha clasificado en tres, a saber: profesiones visuales superiores, medias e inferiores. Según Silex las profesiones visuales superiores exigen de 2/3 a 7/10 de agudeza fisiológica en los dos ojos; las profesiones visuales medias 2/3 en un ojo y 1/3 en el otro; y las inferiores una agudeza un poco inferior a la anterior, sin perder de vista los límites marcados para la ceguera profesional.

He aquí un modelo de clasificación de profesiones, generalmente aceptado por la mayoría de los autores:

PROFESIONES VISUALES

<i>Superiores</i>	<i>Medias</i>	<i>Inferiores</i>
Albañil.	Tornero.	Sopladores de vidrio.
Carpintero.	Herrero.	Doradores.
Joyero.	Hojalatero.	Floristas.
Optico.	Electricista.	Jaboneros.
Plomero:	Vidriero.	Cigarreros.
Escultor.	Minero.	Lavanderas.
Cerrajero.	Pulidor.	Tintoreros.
Grabador.	Peletero.	Encuadernadores.
Mecánico.	Zapatero.	Comisionistas.
Diamantista.	Jardinero.	Barnizadores.
Armero.	Músico.	Corbateros.
Relojero.	Modistos.	Curtidores.

<i>Superiores</i>	<i>Medias</i>	<i>Inferiores</i>
Pintor.	Carrocero.	Molineros.
Impresor.	Cocinero.	Papeleros.
Linotipista.	Dependientes.	Confiteros.
Conductores de vehiculos.	Cerveceros. &	Conserjes. &
Telegrafista. &		

En general las clasificaciones hechas teniendo en cuenta las exigencias visuales de cada profesión son lo más precisas que es posible exigir. Pero no se debe perder de vista que son tan sólo de un valor relativo, aunque de una utilidad indiscutible. Las exigencias visuales de una profesión u oficio no son, de ninguna manera, absolutas; hay, dentro de cada una, grados de perfeccionamiento o especialización que demandan aptitudes físicas particulares.

De aquí que, descendiendo al caso concreto de un peritaje no bastará conocer la profesión u oficio del lesionado, sino que, para producir un dictámen completamente equitativo, será necesario investigar el trabajo especial que desempeña el obrero, para así estimar el grado de incapacidad profesional producido por el accidente. Esto, en resumen de cuentas, no es admitir que la visión profesional sea diferente de la fisiológica, antes bien, esto quiere decir que toda pérdida de visión significa, para quien la sufre, una pérdida de su capacidad profesional. ¿Pero en qué grado?. Lo justo, lo equitativo, en mi modesto criterio, es aceptar que la pérdida de la capacidad profesional es la misma para todos; solo que esa pérdida vale un tanto por ciento variable según el oficio que se ejerce. Así, por ejemplo, un obrero que pierde 5 / 10 de su visión fisiológica ha perdido de hecho el 50% de su capacidad profesional total; pero se tasa de distinta manera según el oficio que ejerce. Esta opinión, sustentada por Groenow, hace variar el valor de un ojo desde un 33 hasta un 20% de la capacidad profesional total.

Pero el problema de la valuación del daño sufrido por el obrero es por demás complejo y demanda la resolución de otras cuestiones tales como a-valorar no solamente la pérdida de un ojo, sino la pérdida absoluta y la pérdida relativa de la visión de un ojo; valor máximo y mínimo de éste; valor respectivo del ojo derecho y del izquierdo, & &. Procuraremos pasar rápidamente sobre estas cuestiones tan interesantes, como que son básicas para el estudio del problema que nos ocupa.

La visión binocular considerada desde el punto de vista profesional, se integra con los siguientes elementos: a Visión central. -b- visión periférica, o campo visual. - c- visión estereoscópica. d- visión de los colores o sentido cromático. Estudiemos qué pasa con estos elementos cuando se pierde por completo la visión de un ojo.

1º—La visión central se conserva perfecta, pues en la mayor parte de los casos, la visión central de un ojo tiene el mismo valor que la de los dos juntos. Así vemos como muchos trabajos finos, delicados o precisos pueden desempeñarse, y de hecho se desempeñan así, con un solo ojo; de cerca, con auxilio de una lupa monocular: v. gr, joyeros, diamantistas, relojeros, &; de lejos, tales como cazadores, astrónomos, niveladores, &; y distancias medias, como los dibujantes y pintores, que cierran un ojo para mejor juzgar de las distancias y apreciar bien los efectos de perspectiva o claro-oscuro.

2º—La visión periférica disminuye. Ya hemos visto que el campo visual se estrecha del lado del ojo perdido y se reduce en $1/6$ del campo total.

3º—La noción de relieve se pierde por completo, pues es atributo exclusivo de la visión binocular. Sin embargo, en los sujetos jóvenes es posible hacer recuperar la visión estereoscópica, gracias a una educación cerebral, así como a la adaptación física intelectual del lesionado a sus nuevas condiciones de trabajo. Esta recuperación puede ser total o parcial.

4º—El sentido cromático no sufre modificación alguna. Los colores son igualmente apreciados con un solo ojo que con los dos.

Así pues, la pérdida de un ojo trae aparejada la pérdida de $1/6$ del campo visual y la noción de relieve. ¿Pero qué valor tiene esta pérdida en el ejercicio de una profesión u oficio?. ¿Es el mismo para todas?. Recordaremos que la pérdida de un ojo, por sí sola, e independientemente de cualquier oficio, ha sido estimada desde el 50% hasta un 20% de la visión fisiológica total, pero que casi universalmente se reconoce, como promedio, un 33% de la misma.

Ahora es el caso en que podemos darnos cabal cuenta del valor tan variable que tiene la pérdida completa de la visión de un ojo en relación con el oficio ejercido. En tanto que un labriego, por ejemplo, prácticamente no ha sufrido pérdida alguna de su capacidad profesional, puesto que el estrechamiento del campo visual, así como la abolición de la visión estereoscópica, en nada influyen para el desempeño de sus labores; en cambio, si se trata de un albañil, de un plomero, &, y en general de todos los obreros que necesitan caminar por andamios, trepar a las alturas, se ven obligados, por decirlo así, a cambiar de oficio. Igualmente, por el solo hecho del estrechamiento del campo visual, hay algunos oficios que no pueden ser ejercidos por quien ha sufrido la pérdida de un ojo: tales son los chauffeurs, motoristas y en general todos los conductores de vehículos. Luego, teórica y profesionalmente hablando, la pérdida de un ojo puede serlo todo o casi todo para uno y nada o casi nada para otros. Y tan ilógico e inmoral resultaría aceptar que el obrero que, después de un sinies-

tro, puede seguir desempeñando su oficio y ganando su mismo jornal de antes, no ha sufrido daño en su capacidad profesional total, como aceptar que, por el solo hecho de verse obligado el accidentado a cambiar de oficio, su incapacidad sea completa. ¿Cómo resolver, pues, semejante problema? Aquilatando todas las condiciones del caso, sin olvidarse de tomar en cuenta la edad, la aptitud e inteligencia del lesionado. Importa mucho establecer si la pérdida de la visión es absoluta o relativa. Absoluta, si es incurable y definitiva; relativa, cuando la visión restante, aunque inútil para el ejercicio profesional actual, conserva cierto valor para el porvenir. Tal es el caso de los operados de cataratas traumáticas; la visión del ojo operado es nula o casi nula, desde el punto de vista profesional, en tanto que el otro ojo conserva una buena visión. Pero si llegare a perderse este ojo, merced a unos anteojos apropiados y correctamente adaptados, recuperaría la visión, hasta cierto grado, el ojo antes inútil profesionalmente. Caso análogo ocurre en los que tienen diplopia por parálisis muscular en un ojo. El ojo que provoca la diplopia es excluido de la visión binocular; pero conserva un valor relativo, de importancia, para el caso de un accidente al ojo sano. En caso de pérdida de visión relativa en ambos ojos, v. gr. cataratas traumáticas operadas en los dos ojos, habría, aún, una capacidad profesional que se podría estimar desde un 50 o un 100 por ciento, según la agudeza visual conservada.

Una vez hecha esta distinción, podemos establecer los valores máximo y mínimo de la pérdida de la visión de un ojo. Todos los autores discrepan en el monto de la visión profesional, pero están absolutamente de acuerdo en que ésta no puede ser inferior, en ningún caso, al 20%. Así mismo se ha convenido en señalar un 15% para la pérdida relativa de la visión; v. gr., en el caso de cataratas operadas con éxito; y un 10% para los casos de diplopia. Como valores máximos podemos señalar un 30% para la pérdida relativa y el 50% para la absoluta. Se comprende que entre dos extremos caben varios términos medios.

Creemos haber dejado bien sentado el principio de que la pérdida de un ojo no puede expresarse por una cifra fija, toda vez que sus consecuencias para el ejercicio profesional son variables.

Numerosas observaciones y algunas estadísticas bien llevadas y correctamente interpretadas, nos hacen saber que son más frecuentes los accidentes en el ojo izquierdo que en el derecho; aproximadamente, el 60% en el primero y 40 en el segundo. Así es que, a menos de circunstancias muy especiales, por ejemplo en un individuo zurdo, el ojo derecho tiene más valor que el izquierdo; en primer lugar porque en la gran mayoría de las personas el ojo derecho es el mejor preparado, digamos así; tiene mayor habilidad y está mejor entrenado que su congénere izquierdo; y tam

bien porque si el ojo derecho se pierde y como ya hemos visto el izquierdo está más expuesto a accidentes, quiere decir que el peligro de ceguera es mayor cuando se ha perdido el ojo derecho que cuando es este el que se conserva. Por lo demás debemos tener presente que, en igualdad de circunstancias, es más importante la pérdida del ojo izquierdo, en los individuos zurdos, y la del derecho en los que no los son; y que ese grado de importancia dependerá, también, de los hábitos individuales y de las condiciones de trabajo. Finalmente, la pérdida completa de la visión corresponde a la pérdida completa de la capacidad profesional. La incapacidad es total es decir, representa el ciento por ciento. Para estos casos la ley francesa de accidentes del trabajo concede una indemnización del 70% del salario de la víctima. En Alemania se estima la pérdida completa de la visión en el 125% de la capacidad profesional, porque el ciego no es solamente un incapacitado para el trabajo, sino que es una carga pesada para la sociedad, puesto que necesita de ayuda constante. Es el momento de hacer hincapié en que si la pérdida de un ojo representa un tipo que oscila de un 20 a un 50%, debe tenerse siempre en cuenta que al ocurrir la pérdida del otro; es decir, cuando existe la ceguera profesional, la nueva pérdida representa un tipo igual a la cifra complementaria del primero, o sea la cantidad que éste falta para llegar a cien.

Algo más complicada es la cuestión si se trata de pérdida parcial en un ojo o en los dos. Cuando la pérdida es parcial y afecta a un solo ojo el cálculo es muy sencillo; puesto que hemos convenido en que un ojo representa un 33% de la visión total, se sacará la parte proporcional que representa la pérdida. Así por ejemplo, si el ojo ha perdido un décimo de su agudeza visual, la pérdida se expresará por un 3.3% de la visión total. Igualmente sencillo es el problema cuando la apreciación visual es igual en ambos ojos. En caso contrario, el problema es muy complejo y se ha propuesto por Imbert, y aceptado por la mayoría de los autores, la siguiente fórmula para resolverlo.

1º—Si la visión en los dos ojos es superior a $5/10$, cada ojo contará solamente por un cuarto, (25%).

2º—Si la visión en un ojo es superior a $5/10$, e inferior a esta cifra en el otro, el ojo más débil contará por un cuarto y el otro por $\frac{3}{4}$.

3º—Si la visión en ambos ojos es inferior a $5/10$, el más débil contará por $\frac{1}{4}$ y el otro por los $\frac{3}{4}$ restantes.

Por último, necesitamos conocer en qué sentido puede influir el estado visual del obrero, anterior al siniestro, en el resultado de la estimación de la incapacidad profesional. A primera vista parece que no puede tener las mismas consecuencias un accidente ocurrido a un obrero que tenía sus ojos normales, que a uno que ya tenía disminuida su capacidad visual. Pero

la legislación francesa no toma en cuenta el estado anterior del lesionado, pues dice que era un obrero que trabajaba y a quien el último accidente ha disminuido o quitado por completo los medios de subsistencia. Sobre este punto las numerosas sentencias de la Corte de casación, han sentado ya una jurisprudencia muy sólida.—La depreciación orgánica que algunas veces se suma a la funcional para agravarla, debe también servir de base para la valorización. Sabemos que después de la enucleación de un ojo se puede observar una molestia muy grande que consiste en una falsa proyección de los objetos. Esta molestia que puede persistir en muchos casos, constituye una agravación de la incapacidad, puesto que puede inhabilitar para el desempeño de algunos oficios. Por lo demás, en rigor de justicia y de equidad, debe distinguirse entre una simple pérdida de la capacidad visual, y la pérdida del ojo que obliga al lesionado a llevar un ojo artificial o bien a ostentar cicatrices o mutilaciones, a veces deformantes y que hacen imposible la corrección protésica y aún pueden alterar de manera repugnante la fisonomía del mutilado. Y téngase muy en cuenta que no es esta una simple cuestión de estética, sino que un obrero con el rostro desfigurado, portador de una lesión ocular muy ostensible, expuesto a una ceguera profesional de una manera más probable que un obrero normal, seguramente que no cuenta con la misma capacidad de concurrencia que éste y por lo mismo, debe tenerse presente esta consideración para abonarle de un 5 a un 10 por ciento más, según el sentir de la mayor parte de los tratadistas más reputados. No debemos pasar por alto un último factor, a saber, la edad. Efectivamente es importante; pues mientras que en los jóvenes son más fácilmente reparados los daños: las cicatrizaciones más rápidas y aún las opacidades corneanas más completa y prontamente disipadas, en el viejo todos estos procesos se efectúan con mayor lentitud y a las veces incompletamente. La presbiopía aparece hacia los 50 años, poco más o menos, y ya se comprende que este estado complica seriamente una disminución visual de origen traumático. Y todo esto sin contar con la decadencia general del organismo que comienza tanto más pronto cuanto más gastado está el individuo por el trabajo o por los hábitos viciosos; díganlo si nó la arterio esclerosis y aún la simple disminución fisiológica de la visión, tanto central como periférica. Además, los jóvenes se adaptan más pronto y mejor a las nuevas condiciones visuales y oculares creadas después del traumatismo. Pueden compensar algunas diplopias, atenuar el fenómeno de falsa proyección y aun recuperar, da una manera más o menos completa, la noción de relieve, como ya lo hemos explicado; cosas imposibles de obtener en un anciano. Se puede decir, en principio, que la visión binocular tiene más valor en el viejo que en el joven. Vemos pues, como este factor edad, agrava por sí solo la incapacidad profesional. Remy

ha propuesto con éxito un aumento de un 5% en los accidentes visuales de los ancianos.

CONCLUSIONES.

Con todo lo expuesto queda demostrada la complejidad del problema que someramente he traído al estudio. Los elementos básicos para la resolución de aquel, tales como la agudeza visual fisiológica, la profesional, las exigencias visuales de cada profesión, &, no han sido definidas de una manera precisa. Así es que los datos consignados no pasan de ser sino guías o promedios que pueden servir de jalones o puntos de referencia en el sendero que tiene el experto que recorrer. De aquí la necesidad de hacer investigaciones precisas y minuciosas; avalorar todas y cada una de las circunstancias que concurren en el caso particular objeto del estudio y solamente entonces, sin perder de vista los datos generalmente aceptados, justipreciar la depreciación física o la capacidad funcional del obrero lesionado; producir un dictamen a plena conciencia, pero con toda libertad de criterio, sin preocuparse de si se apega o se aparta de las cifras aceptadas que están muy lejos de ser la expresión exacta de la incapacidad profesional.

He aquí, pues los principios generales que pueden servir de base a la valuación profesional:

1º—La pérdida completa y definitiva de la visión, en ambos ojos, equivale a la incapacidad profesional total. La ceguera profesional comienza desde que la visión llega a ser inferior a $1/10$ de la visión normal en ambos ojos.

2º—La pérdida de la visión puede ser absoluta o relativa. Absoluta, varía el tipo de incapacidad desde 20 hasta 50 por ciento. Relativa, de 10 a 30%.

3º—No se puede admitir que la visión fisiológica sea diferente de la profesional. Toda pérdida de visión implica pérdida de capacidad profesional. Sin embargo, se estima que la pérdida tiene un valor diferente según la profesión o especialización ejercida por el lesionado. El valor de un ojo oscilará de un 20, un 25 y hasta un 30%, de la capacidad profesional total.

4º—En caso de pérdida visual en ambos ojos, se le dará al menos depreciado el valor de $3/4$ y $1/4$ al otro. Se estimará la pérdida visual en relación al valor total del ojo, y luego, proporcionalmente, y de acuerdo con las reglas ya mencionadas, se sacará el valor proporcional de la incapacidad.

5º—La valuación de ésta dependerá además de la depreciación visual y de las exigencias de cada profesión.: